



A TRAVÉS
DE SUS
PALABRAS

IRIS T. HERNÁNDEZ

zafiro♥

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. ¿Aceptas el reto?](#)

[Capítulo 2. Sensualidad desatada](#)

[Capítulo 3. Intenciones frustradas](#)

[Capítulo 4. ¡Fantástico, justo lo que necesito!](#)

[Capítulo 5. Sentimientos contradictorios](#)

[Capítulo 6. Decisiones que tomar](#)

[Capítulo 7. Centrada en lo realmente importante](#)

[Capítulo 8. Irascible... sí, así me siento](#)

[Capítulo 9. Una decisión importante que tomar](#)

[Capítulo 10. De nuevo en Madrid](#)

[Capítulo 11. ¡Oh, my God, no puede ser!](#)

[Capítulo 12. No ha sido un sueño, ¿no?](#)

[Capítulo 13. Esto sólo es el principio](#)

[Capítulo 14. Primera parada, Barcelona](#)

[Capítulo 15. ¡Qué he hecho, o qué no he hecho...!](#)

[Capítulo 16. El error lo has cometido tú](#)

[Capítulo 17. Tú y yo, nadie más](#)

[Capítulo 18. Nunca más o te arrepentirás](#)

[Capítulo 19. Merkel en estado puro](#)

[Capítulo 20. Te lo demostraré](#)

- [Capítulo 21. Más excitante de lo que imaginé](#)
- [Capítulo 22. Una mirada al pasado](#)
- [Capítulo 23. El reencuentro](#)
- [Capítulo 24. No me lo puedo creer](#)
- [Capítulo 25. Quiero saber más de este lugar](#)
- [Capítulo 26. Intuía que esto pasaría](#)
- [Capítulo 27. Nunca pensé que te añoraría tanto...](#)
- [Capítulo 28. Cuando lo veas, sabrás si es él](#)
- [Capítulo 29. Instantes de confusión](#)
- [Capítulo 30. ¿Cuándo me lo pensabas decir...?](#)
- [Capítulo 31. Olvida que un día me besaste](#)
- [Capítulo 32. Por fin todo vuelve a la normalidad](#)
- [Capítulo 33. Los secretos más recónditos de Aksel](#)
- [Capítulo 34. Sí, claro, muy forzado está](#)
- [Capítulo 35. Más bajo no puedo caer...](#)
- [Capítulo 36. Capítulo con acceso remoto, ¡se acabó!](#)
- [Capítulo 37. Se acabó, mueve el culo ¡ya!](#)
- [Capítulo 38. Bésame de nuevo, por favor](#)
- [Capítulo 39. Nunca firmaré, que quede claro](#)
- [Capítulo 40. Te avisé de que mi madre era una hippie](#)
- [Capítulo 41. De este hombre me enamoré](#)
- [Capítulo 42. Llegó el día...](#)
- [Capítulo 43. Cinco meses más tarde...](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Notas](#)
- [Biografía](#)
- [Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Nunca dejes de soñar.
Nadie puede arrebatarnos los sueños.*

Prólogo

A través de sus palabras es la primera novela de mi segunda etapa; una en la que me he exigido una transformación, una mejora, y demostrar que, aunque casi todo está inventado, se pueden crear historias que consigan sorprender, que no sean lo que parecen desde un principio.

Este relato es muy intenso, ya que la protagonista sufrirá un cambio vital que no esperaba. Jamás hubiera imaginado que un concurso derivaría en un futuro profesional, uno que ni en sus mejores sueños se hubiese planteado.

Se trata de una novela de ficción, pero muchas personas se pueden sentir identificadas con el personaje principal, ya que cualquier fanática de la lectura y de la escritura puede ser un poco Dunia.

La esperanza de que cualquier sueño se puede cumplir, por muy descabellado o imposible que parezca, es lo que nos ofrece Dunia, la protagonista femenina.

Y Markel, ¿qué voy a decir de él? A su lado, podréis conocer lo que es la vida de un escritor; él nos mostrará muchas cosas que Dunia desconoce.

Y no podemos olvidarnos de la pasión y el erotismo que, con cariño y delicadeza, podemos llegar a sentir nosotros mismos leyendo esta historia.

No quiero avanzar nada, solamente deseo decirles que espero que esta historia os enamore, os haga reír, llorar, bailar e incluso pensar. Si logro eso, las horas de esfuerzo que le he dedicado habrán obtenido sus frutos.

Capítulo 1

¿Aceptas el reto?

Vuelvo a despedirme una vez más; lo admito, soy una adicta a las redes sociales. Mi dedo está a punto de pulsar el botón izquierdo del ratón, el que apagará el ordenador, pero algo me paraliza. Intuyo que debo mirar el correo electrónico, una vez más. Sacudo la cabeza intentando obviar esa idea, pero es superior a mis fuerzas, tengo que hacerlo.

Pulso el icono de Internet y, tras escribir velozmente la dirección, se abre mi correo. Sonrío, mi intuición nunca falla, en la bandeja de entrada hay un mensaje esperando ser leído. Miro el nombre, es Esther, una chica que conocí a través de las redes sociales. Posteriormente coincidimos en un club de lectura en el que nos hicimos muy buenas amigas. Sólo nos vimos en persona en aquella ocasión, pero fue suficiente para darme cuenta de que ella siempre estaría a mi lado, cibernéticamente hablando, claro.

Presiono sobre su nombre y leo su mensaje; durante un instante pienso en lo que me propone. Normalmente me tienta con proyectos que no suelo aceptar, pero esta vez algo me llama la atención. La idea es descabellada, pero muy interesante, más bien cautivadora. Algo en mi interior me dice que lo considere, pero, tras meditar unos segundos,

prefiero no contestar y dejarlo para el día siguiente, cuando no actúe por impulsos y lo medite detenidamente.

Antes de cerrar la sesión observo que tengo varios mensajes clasificados como «social», en los que a simple vista puedo deducir que son comentarios de la última entrada que escribí esta tarde en el blog. Las felicitaciones que me han dedicado en él hacen que sonría y me sienta orgullosa de mi trabajo. Las leo atentamente y respondo a cada una de ellas, demostrando la gratitud que siento al saber que me siguen y les gusta lo que escribo.

Hace un año comencé una nueva aventura: abrí un blog en el que comentar libros y hablar de la actualidad literaria, o de lo que a mi desvariada mente se lo ocurriera al despertar. Desde muy pequeña he sido lectora compulsiva; la culpa es de mi padre, quien, apenas con un año, me leía hasta tres cuentos, aun estando dormida. Y ahora esta afición podría ser la culpable de que no llegara a fin de mes la mayoría de veces... pero no os voy a mentir, no es así. Por suerte he ido ahorrando desde que comencé a trabajar, y siempre intento no utilizar ese dinero, y menos para caprichos.

Pulso sobre el aspa roja de la esquina superior y se cierran las aplicaciones. Solamente veo el escritorio, en el que hay una foto mía junto a mis dos hermanos; estamos delante de la casa de mi padre; es muy bonita, de madera, y en la imagen está cubierta de nieve. Aparecemos abrigados con gorros y bufandas muy alegres. Nuestras sonrisas lo iluminan todo.

Suspiro a la vez que apago el ordenador y me levanto para ir a la cama. Como no me obligue a desconectar, seguro que esta noche apenas duermo. Ya es una hora intempestiva, sin duda el tiempo pasa más rápido de lo que me gustaría. Justo cuando me voy a sentar sobre la cama, noto la garganta reseca. «Necesito un vaso de agua», pienso mientras doy un brinco en dirección a la cocina. La tempe-

ratura ha bajado y un escalofrío recorre mi cuerpo; acelero el paso para llegar lo antes posible y regresar a la cama.

Coloco los cojines para poder leer cómoda, me tapo y siento cómo las sábanas de franela están a una temperatura perfecta. Abro el libro por la página que tengo marcada con el punto de libro y me transporto a la narración. Apenas me quedan veinte páginas, así que esta misma noche lo terminaré y podré hacer la reseña en mi blog mañana.

En poco más de media hora lo he leído y me siento, una vez más, frustrada; odio saber que ya no volveré a vivir esa historia, que los personajes se van a la carpeta de los leídos y les seré infiel con otros que están por llegar.

Apago la luz y me tumbo para dormir. Cierro los ojos, pero mi mente no deja de ver imágenes que ésta ha creado del relato que acabo de terminar. Una sonrisa se dibuja en mi rostro, me obligo a no pensar, a dormir. Pero durante unos minutos no hago más que dar vueltas, hasta que por fin estoy en brazos de Morfeo, y me lleva al mundo de los sueños.

Me despierto al sentir un rayo de sol que se cuele por el lateral de la cortina y proyecta directamente la luz en mis ojos. Apenas puedo ver, sólo pequeñas manchas negras que aletean por mi retina. Me estiro intentando desperezarme durante unos minutos, no tengo prisa por levantarme. Hace un mes pedí una excedencia en el trabajo y no llego tarde a ningún sitio. El único que me espera es mi café en la cocina y no creo que se vaya a ir solo a ningún lado.

Miro hacia el techo y pienso en el correo que recibí ayer de Esther. No puedo creer que esté dudando en aceptarlo, nunca participo en ningún concurso. Pienso que no tengo la calidad necesaria para presentar ningún escrito. Pero esta vez algo me dice que debo hacerlo. Resoplo y, de un salto, me pongo en pie. Noto cómo la madera del suelo está helada, la temperatura es muy baja. Por mucho que lleve casi toda mi vida aquí en Oslo, aún sigo sufriendo el frío polar.

Voy directa a la cocina en busca de un café. Cojo la cápsula del soporte, la introduzco y observo cómo en pocos segundos se llena la taza, desprendiendo el delicioso aroma del café recién hecho. Olfateo el aire salivando hasta que la última gota cae y le añado un poco de leche.

Me siento en el banco bajo la ventana y observo el paisaje; un manto de nieve cubre el suelo y los techos de los coches. Me encanta, no cambiaría estas vistas por las de ninguna ciudad, por muy cosmopolita y accesible que fuera. La tranquilidad y la belleza que veo a través de los cristales son impresionantes, una maravilla de la naturaleza.

Permanezco sentada hasta terminar mi desayuno, sin moverme. Tras unos minutos, después de beber la última gota de café, me levanto para dejar la taza en el lavavajillas y voy hasta mi habitación, donde está mi teléfono móvil, cargando. Lo desbloqueo y abro mi correo electrónico, vuelvo a leer el mensaje de Esther y, tras un suspiro, sé lo que tengo que hacer. Busco un archivo adjunto, creyendo que me ha mandado las bases del concurso, pero no está. Respondo y le indico que estoy planteándome participar y que me las envíe.

Al instante recibo respuesta, diciéndome que me conecte a Skype, y no lo dudo: camino hasta el ordenador para encenderlo. Mientras arranca el sistema, con las manos me peino y me hago un recogido para estar presentable. Aunque tenemos confianza, no quiero que se asuste al verme.

Una vez iniciada la sesión de la aplicación de videollamada, comienza a sonar una entrante. No ha tardado nada en llamar; pulso encima de responder cuando aparece su rostro muy sonriente. Casi en un grito, le doy los buenos días, y durante unos minutos es ella la que grita y se emociona al verme. Tras un momento de histeria, consigo que comience a explicarme de qué va el concurso. Me muestra unas hojas y empieza a hablar.

—Dunia, es un concurso diferente al resto, como ya te comenté por email anoche. Debes escribir un capítulo que esté dentro del género romántico, no importa el subgénero, y otra persona lo continuará. Tendrá que mantener la línea de lo que tú escribas y así sucesivamente, hasta que escribáis veinte capítulos entre ambos. Cada uno debe constar de diez páginas, con tipografía Times, tamaño doce e interlineado de punto y medio. Tienes que enviarlo a la dirección de correo electrónico que te envié.

—¿Así que voy a escribir una novela con otra persona, pero sin hablar con ella? Pero ¿tú estás loca? —Rompo a reír, sabiendo que es la idea más descabellada, pero también la más interesante, a la que me he enfrentado jamás.

—Correcto, es una locura, pero no puedes negar que es una oportunidad sensacional. No acepto un no como respuesta. Los dos ganadores obtendrán un premio de tres mil euros y la edición de la obra.

—No está nada mal el premio...

—¡Nada mal! Se nota que vives en Noruega; en España matarían por ganar ese dinerito —me grita indignada.

—No me refería a eso, ya lo sabes, la cuantía es importante... —Permanezco callada unos segundos, pensando—. Pero, Esther, mi calidad no es para que me publique una editorial, ¿y si al otro autor no le gusta mi forma de escribir?

—Tonterías, empieza a valorarte un poco más y confía en mí. Va a ser una experiencia muy interesante. Yo no tengo tiempo, trabajo muchas horas, pero tú... tienes todo el mundo, así que aprovecha la excedencia y escribe.

—Ahora mismo envíe el correo para confirmar la participación, pero porque me obligas... si no, no lo haría.

En otro momento hubiera pensado que era un disparate, pero, por primera vez en mi vida, me apetece enfrentarme al reto, a algo diferente. Puede que salga mal y sea el hazmerreír de muchos, pero... ¿por qué no intentarlo? No puedo creer que esté pensando así, que no me cierre en

banda como acostumbro a hacer. Pero la verdad es que no puedo perder mucho: nadie me conoce y, si sale mal, seguiré siendo desconocida para el mundo, qué más da.

—Uy, sí, te estoy amenazando, mira qué mala persona soy. Una españolita criminal, pero guárdame el secreto. —Empieza a reír a carcajadas y yo niego con la cabeza.

Tras despedirnos, estuve durante unos segundos sentada en mi escritorio, ensimismada, sin creer en lo que iba a participar y sin saber cómo comenzar. Llamaron a la puerta y di un salto junto a un pequeño grito. Me levanté de la silla en la que estaba petrificada y caminé hasta la puerta, mientras decía en voz alta un «ya voy» para que dejaran de pulsar el timbre.

Abrí rápidamente y, como cada mañana, allí estaba plantado, sujetando un montón de leña y con cara de pocos amigos. Abrí por completo la puerta y lo invité a pasar alargando mi brazo hacia dentro. Anduvo hasta la chimenea, dejando sus huellas húmedas en el suelo. Sus movimientos lentos denotaban lo poco que le gustaba venir a traérmela, pero, si no fuera por ésta, podría morir congelada una noche.

—Me voy.

—Espérame y me acercas al aserradero —le dije con cara de pena intentando que aceptara.

—Tengo prisa, me espera el jefe y no creo que le guste que tarde. Tú lo sabes muy bien... a no, tú eres la consentida, no lo recordaba. —Su sarcasmo podría enfurecer a cualquiera, pero a mí no. Lo conocía muy bien y, por mucho que lo intentara, no entraría en su juego.

—Creo que se enfadará más si me dejas ir caminando con el tiempo que hace hoy, podría enfermarse.

—Tienes tres minutos o me iré —respondió mientras salía por la puerta.

Dos grandes zancadas me llevaron hasta mi dormitorio. Sin perder tiempo, cogí un pantalón de pana negro, una camiseta de lycra térmica bien ajustada, para que no se pudiera colar el frío, y una sudadera lila con el interior de pelo. Me desnudé y dejé la ropa sobre la cama, ya que no sería la primera vez que, por tardar, se iba y tenía que ir andando.

Entré en el baño y me lavé los dientes con una mano mientras con la otra empapaba de espuma mis largos rizos rubios. Salí a la puerta y aún estaba allí; cogí el plumón y me coloqué las botas de nieve. Agarré el gorro y salí hacia la furgoneta de Aksel.

—Gracias por esperarme, hace un frío que pela para tener que ir a pie —comenté mientras me soplaban las manos para calentarlas. Pero él, como cada día, en su línea, ni se molestó en responderme.

En pocos minutos estuvimos en la puerta; en cambio, si hubiera ido caminado, el tiempo se hubiese triplicado. Entramos y vi a mi padre al fondo, hablando con Grete, su mujer. Cuando volvimos a Noruega, estuvo dedicado en cuerpo y alma a mí durante muchos años, pero Grete apareció y nada fue igual, mi padre se enamoró y nuestras vidas cambiaron. El amor que desprendían sus miradas y sus tiernas caricias conseguían emocionarme.

Me encantaba ver a mi padre feliz, y con ella lo era. Seguí caminando para llegar hasta ellos, cuando oí un golpe a mi derecha. Una pila de árboles amontonados esperando ser talados en las máquinas se había caído. La voz de Fredrik hizo que me pusiera en alerta, y corrí hasta la oficina para verlo. No le pasaba nada, sólo se había asustado. Un tronco de enormes dimensiones había ido a parar delante de la puerta y no podía salir si no trepaba por él. Lo llamé, pero estaba desorientado; tenía las manos en la cabeza, tapándose con fuerza los oídos, así que, sin pensarlo, salté el tronco que entorpecía el paso y me puse a su lado.

—Fredrik, respira hondo, soy yo. No te preocupes, sólo ha sido un susto.

Respiré hondo, intentando que oyera cómo lo hacía yo y se le pasara el trance en el que estaba sumido. Aparecieron mi padre y Grete, pero, al ver que no sucedía nada, intentaron apartar al personal de la oficina y ordenaron colocar de nuevo los troncos en su sitio, para que continuara cada uno con su trabajo.

Fredrik, tras calmarse, siguió jugando a uno de sus juegos que tenía en el ordenador y no quise darle importancia a lo ocurrido. Volví a saltar el tronco que casi me llegaba a la altura de las caderas y me dirigí hasta la grúa, donde estaban barajando cuál era la mejor forma de retirarlo.

Una vez decidido, en poco más de diez minutos la calma volvió a reinar en el lugar. Mi padre vino hacia mí, me dio un beso en la frente y entramos en la oficina. Me senté y observé el montón de facturas que se estaban acumulando en la mesa, pero Grete me leyó la mente. Negó con la cabeza, en silencio, y suspiré para contenerme y no cogerlas y archivarlas.

Al verme resistir, sonrió y nos animó a salir fuera para que pudiéramos respirar un poco de aire. Mi padre me comentó las novedades de unos clientes, mientras Grete intentaba desviar la conversación, sin éxito.

—¿Por qué no te vas de vacaciones? —casi me gritó al oído, interrumpiendo la conversación y provocando que los dos la miráramos sorprendidos.

—Ella de viaje y los demás trabajando...—intervino Aksel, que acababa de aparecer.

—Aksel, por favor, una tregua, aunque sólo sea un día.

Ausente de lo que estaban hablando a mi alrededor, mi cerebro relacionó la palabra vacaciones con algo, una posible historia. Las imágenes se proyectaron en mi mente, mostrando algo, algo que merecía la pena y era perfecto para comenzar lo que debía escribir. En otro momento le hubiera contestado a Aksel y se hubiese armado una discu-